

Un millón de ruiseñores

Susan Straight



«Deslumbrante e inolvidable.
Una historia de amor,
tragedia y perseverancia
que atrapa al lector con
la fuerza de un clásico.»

The Miami Herald

Traducción
Damià Alou

INCLUYE E-BOOK



**Un millón
de ruiseñores**

Susan Straight

Un millón de ruisseños

Susan Straight

Traducción de Damià Alou

MALASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

Para mi madre y su madre, Frieda.
Para Fine, Callie, Daisy, Alberta y las
anónimas antepasadas de mis hijas.
Para todas las que vinieron antes que
ellas.

En las ramas de mi corazón hay un millón de
ruiseñores que cantan a la libertad.

Desafío (poema de Mahmud Darwish
adaptado para la letra de una canción)

1. Azure

A finales de verano recogía musgo con las mismas varas que empleábamos para cosechar pacanas en otoño. Sacudía el palo y las marañas grisáceas de los robles caían en el suelo junto a la casa, no lejos del calvero donde nos bañábamos y cosíamos.

No podía coger el musgo de los dos robles situados frente a la fachada que daba al río porque a madame Bordelon le gustaba contemplarlo. Era un adorno. Me observaba desde la ventana del dormitorio. Las tierras delanteras eran de madame, servían para decorar. Las traseras eran de msieu Bordelon, servían para ganar dinero.

Y yo... ella me miraba continuamente. Me miraba el pelo aunque no lo viese. Lo llevaba recogido bajo el tignon negro que mi madre me había hecho el año anterior, cuando cumplí trece. Odiaba ese peso sobre mi cráneo. El pelo debía estar oculto, decía mi madre. Era la ley.

Notaba la tela en la frente como si fuera un vendaje, como si me sujetara el cerebro. Un cerebro flotaba en uno de los tarros del doctor Tom, en el cuarto donde se alojaba cuando venía a tratar a la grand-mère Bordelon, por su gordura, y ahí se alojaba ahora para tratar a Céphaline, por su cara. El cerebro es como una enorme pacana pálida y arrugada. Una pacana que no se quiebra flotando en un líquido.

Cuando fui a buscar su ropa para la colada estaba en el escritorio y el cerebro en un estante con los demás tarros. Me dijo:

—Puedes cogerlo.

La vasija pesaba en mis manos y el cerebro temblaba en el agua plateada.

—Lo compré en 1808, sí, así fue, y ya lleva dos años dentro del tarro después de pasar unos cuantos dentro de un cráneo. No parece que te dé miedo cogerlo ni examinarlo, Moinette —dijo en inglés;

era de Londres, y las palabras curvaban sus finos labios de un modo muy distinto al habitual en los criollos—. Esa falta de temor indica que tu propio cerebro funciona bien —después regresó a sus papeles y yo me llevé su ropa sucia.

¿Cómo podía haber cerebros distintos? Empecé a medir cabezas de la manera como mamère me había enseñado a medir los puñados de grasa antes de arrojarlos a la marmita del jabón: ahuecando la palma. Un buen puñado tenía que alcanzar el segundo recodo de mis dedos, el otro lado de los nudillos: ese cojinete carnoso repleto de perlillas ovaladas que se forma cuando una persona extiende la mano para agarrar algo. Me miré las palmas de las manos tanto tiempo, cerrándolas y abriéndolas, que mamère me puso ceño y me dijo que removiera el jabón. En la linde del cañamelar donde descansaban los macheteros me escondí entre las altas cañas y coloqué mis dedos doblados sobre sus cabezas. Las cabezas de los adultos se cubrían con sombreros o tignons, pero los cráneos eran casi todos del mismo tamaño bajo mi mano ahuecada. De todos modos no era algo exacto. Con un trozo de alambre formé un círculo y medí la cabeza de Michel cuando estaba en el cañamelar. Era un adulto, como msieu Bordelon.

Los macheteros estaban muy quietos cuando descansaban. Apoyaban sus espaldas contra las ruedas de la carreta y los árboles.

Cuando llevé la ropa limpia a la casa me quedé cerca del comedor y medí a toda prisa las cabezas de quienes estaban a la mesa. El mismo lazo de alambre para la cabeza de msieu: la comida era el único momento en que no llevaba sombrero.

Todas nuestras cabezas eran del mismo tamaño según nuestra edad y sexo: la mía y la de Céphaline, la de mamère y la de madame, las de los macheteros y la de msieu Bordelon. Todos los cráneos eran iguales debajo del pelo, y la gran pacana que flotaba dentro de ese hueso debía de tener el mismo tamaño, a no ser que a la cabeza le pasara algo malo, como a la del bebé de Eveline, que murió. La

cabeza de aquel niño estaba tan hinchada como una calabaza cuando en verano se la riega demasiado y revienta.

En septiembre arranqué el último musgo de los robles que había junto a los campos de labor. Para mí eran los más bonitos. Sus ramas se posaban en la tierra y yo podía caminar sobre la corteza; era casi negra, mis pies la notaban húmeda.

Oía cómo la gente trabajaba en el cañamelar cercano, a alguien que gritaba o reía, las azadas que de vez en cuando chocaban contra la roca. Estaban arrancando hierbajos. Las cañas eran tan altas que la gente era invisible. Amontoneé el musgo sobre la carretilla que usábamos para transportar la colada entre el calvero y la casa. Con las manos aplastaba la esponjosa capa de volutas grises.

Cuando sonó la campana del almuerzo apreté bien una última pella colgante y ya tenía a Christophe detrás de mí.

—Hiérvelo y mávalo y parece pelo tuyo. Luego duermo encima.

Ahora me odiaba. Siempre me tiraba del pelo cuando éramos chicos, pero ahora ya había cumplido dieciséis años y me odiaba. Tenía el pelo húmedo separado en perlas negras sobre la cabeza por el calor. Su camisa negra y desteñida estaba blanca de sal en torno al cuello. Hasta Navidad no nos darían ropa nueva.

Se subió la manga rota.

—Tengo una chica en Petit Clair. Ella cosió. Tú nada sirves.

Me encogí de hombros.

—No podemos coser para ti. Sólo los Bordelon.

Me imitó encogiendo los hombros de manera mucho más dramática.

—Cadeau-fille —dijo.

Chica de regalo; siempre me llamaba así y luego añadía: «Paras sólo buenas para una cosa, para eso debajo de tu vestido. Todas iguales. No trabajo. No ser nada hasta que él os regala».

—Te veo la cabeza pequeña —dije echándome hacia atrás para formar un círculo con los dedos y medir como hacía con el alambre.

Pero él avanzó y me apartó la mano.

—Alguien viene por ti pronto. Justo como tu madre.

—Cierra el pico.

Mi madre había sido un regalo de una semana, un obsequio de cama para un tratante de azúcar que vino de Nueva Orleans. Yo fui lo que ella recibió. Pero no me llamaba cadeau-fille.

Empujé la carreta camino abajo desde el corral hasta el calvero que había junto a la casa de mi madre. Teníamos que hervir el musgo.

Christophe me siguió. Hablaba en voz baja y sin parar, como un enjambre de abejas revoloteando sobre mi hombro. Dijo que él era un caballo, al menos un animal purasangre y útil. Dijo que yo era una mula, una mezcla, y que incluso una mula trabajaba duro. Dijo que era el estúpido pavo real que a les blancs les gusta tener en el patio de su casa para mostrar a la gente algo bonito. Luego dijo:

—Y los hombres, estás ahí y así pueden pensar debajo de tu...

En el calvero ardía la lumbre bajo las marmitas, pero mi madre no estaba. Le tiré una pastilla de jabón. No quería seguir oyéndolo.

Recogió el jabón y lo arrojó lejos.

—Vete a las cañas y búscalos. Entonces cadeau-mère no puede verte. Tienes que levantar el vestido cuando msieu elige a alguien para ti. Levántalo ahora. Corre.

Entre el calor y la cólera se me humedecieron los ojos. Christophe había dicho a algunos hombres que me iba al cañamelar con él. Sólo para dejarlo mirar. Las mujeres se lo habían contado a mamère.

—Todos somos animales —dije—. Tenemos piel y pelo como los animales —no tenía nada más que tirarle.

Me empujó contra el pacano donde enganchábamos el tendedero; luego me fui corriendo al cañamelar. Las cañas se apartaron y enseguida se quedaron quietas.

Encontré la pastilla de jabón. Estaba blanda y húmeda porque mamère la había usado toda la mañana. Le quité el polvo con los dedos mientras lloraba.

Mi madre y yo hacíamos el jabón en Azure. Cada pastilla significaba para mí medir y remover. Christophe era un hombre, así que no le importaba si sus ropas estaban lavadas ni pensaba en el jabón que le limpiaba las manos untadas con jugo de caña. Sólo pensaba en que la caña era trabajo. Odiaba mi cara y, sobre todo, mi pelo.

El pelo me llegaba a la cintura, bucles como los del musgo que cuelga de las ramas, pero negros. Aunque sólo mi madre lo veía. Los domingos por la noche me lo lavaba con jabón de aceite de almendra y calabaza hervida, me lo enjuagaba en la bañera y me lo rizaba ensortijándolo con sus dedos. Nos sentábamos cerca de la lumbre. Cuando ya tenía el pelo seco me hacía una trenza tan apretada que me escocían las sienes. Luego me la tapaba con el tignon.

El pelo sólo me cubría la cabeza. Era la tenue urdimbre que me protegía el cráneo. Y el cerebro. Mi pelo era sólo una cubierta. También el de Céphaline Bordelon, como el de cualquier otro ser humano.

Pero el suyo era fino y castaño, y su trenza era apenas una cola de ratón que le caía por la espalda. Tenía los ojos azules y luminosos, y yo sabía que, dentro, su cerebro era perfecto, pues aprendía todo lo que le enseñaban sus preceptores e incluso cuestionaba esas enseñanzas. Pero su piel pálida estaba salpicada de boutons rojos.

Madame tenía que casar a Céphaline con alguien de dinero, y durante semanas la niña lloró hasta que en sus ojos azules apareció una orla como de sangre. Ninguno de los hombres que visitaban a Céphaline podía ver su cerebro. Sólo su cara, su pelo y su boca, que nunca se cerraba o se curvaba en una sonrisa. Su boca siempre hablaba y discutía, su boca le leía a la gente cosas de sus libros.

El musgo del cesto era blando en mis manos. Me gustaba mirar cada hebra y palpar la envoltura, como el terciopelo del vestido marrón de Céphaline. Mi madre se habría enojado si me hubiera

visto estudiar el musgo. Quería que lo hirviera y lo pusiera a secar. No era una lección. Era un relleno. Cada otoño renovábamos las camas: ese año setenta y dos jergones para los esclavos y cinco colchones para los Bordelon.

Vivíamos a medio camino. Le quartier era una larga calle, las casas bordeaban el camino de tierra que llevaba hasta el cañamelar y el ingenio, pero una arboleda de pacanos separaba esa calle de la casa de los Bordelon. Tretite, la cocinera, vivía en la cocina que había en la trasera del edificio, y Nonc Pierre, el mozo de cuadra, vivía en el establo.

Pero la casa de mi madre se hallaba en un claro próximo a los pacanos, en la linde del cañamelar. Un sendero la unía al camino principal. Madame Bordelon nos vigilaba desde la galería de la segunda planta, podía ver el color de la ropa que tendíamos o si habíamos lavado los manteles, pero no podía oír lo que decíamos.

Mi madre me hablaba cada día bajo los árboles, pero sólo cuando tenía algo que enseñarme y sólo cuando estábamos solas.

Cuando era chica le preguntaba lo mismo muchas veces hasta que lo entendía.

—Mamère.

—Oui.

—¿Quién es mi dueño?

—Yo —nunca vacilaba—. Eres mía.

—¿Y de nadie más?

—No.

—¿Ni de msieu?

—No.

—¿Ni de Dios?

Entonces callaba. La veía echar otro cazo de agua a las cenizas de madera que hervían en una artesa colocada sobre la gran mar-

mita. Aquella especie de barrillo goteaba dentro del agua hirviente.

—No —decía ella entonces removiendo el agua con leña.

Yo sabía que no debía acercarme. Si salpicaba una gota y te daba, te quemaba le piel. De marrón pasaría a rosa. Rosa con un relieve reluciente como las motas de madreperla en los antebrazos de mi madre. Parecían cosidas a la piel, como si hubiese remendado la ropa de los Bordelon y hubiera decidido adornarse.

—¡No! —la voz le brotaba imperiosa en la garganta, ronca como si mascara granos de café—. Aquí, en la Tierra, me perteneces a mí. Si murieses pertenecerías a Dios. Là-bas —alzaba la barbilla hacia el cielo que coronaba los pacanos—. Eh, bueno, yo también moriría porque necesitaría... irme contigo.

—¿Irte?

—Allí. No aquí. Là-bas... contigo.

Yo no levantaba la cabeza. No quería ver ese cielo, là-bas. Posa-ba la vista en el fuego que ardía bajo el hierro negro y picado de la marmita de lavar hasta que era capaz de decir algo.

—¿Dios también te mataría? ¿Por haberme dejado morir? —surraba.

—¡No!

Los ojos de mi madre se entornaban ferozmente bajo el tignon que le cubría el pelo y la frente. La tela se le subía, de manera que una franja de piel reluciente y sin polvo asomaba sobre sus cejas

—Dios no te mataría, ni a mí tampoco. Mi único trabajo aquí es mantenerte con vida —escupía en el agua y la removía; su brazo desaparecía entre el vapor y yo me asustaba—. Éste no es mi trabajo. Así es como mato el tiempo mientras te protejo.

Cuando yo era pequeña y ella decía eso, yo extendía los brazos y giraba bajo la fina tela de muselina tendida a secar bajo las ramas bajas del olivo oloroso. Había remendado la mosquitera rota de la

cama de madame con muselina nueva y más blanca. Los zurcidos de mi madre flotaban sobre mí como nubes diminutas.

Cuando su garganta volvía a calmarse, mi madre vertía más agua sobre las cenizas, la cara convertida en una máscara de sudor y polvo. Sacaba una pluma de pavo del bolsillo de su delantal y la metía en la burbujeante agua con lejía. Al cabo de unos segundos sacaba el cañón, que parecía un hueso blanco y pelado. Yo contemplaba la llama azul que había debajo de la marmita.

—¿Cuál es mi trabajo? —le solía preguntar antes de comprender que trabajaría a todas horas.

—Lavar, coser y ser precavida. Haz lo que yo te diga, exactamente.

—Pero soy una mula. Tendré que acarrear cosas, ¿no?

Se volvía hacia mí con la pluma, que parecía una espada de juguete.

—¿Qué? ¡Una mula!

—Christophe dice que soy una mula. Y que él es un caballo. Él es mejor.

—Él es huérfano. Está enfadado porque tú tienes madre.

Christophe ya cortaba caña, vivía con otros tres hombres. Yo seguía sin entender lo de la mula. Tocaba las nubes de muselina y decía distraídamente:

—¿Y cómo llegarías allí? ¿Là-bas? ¿Con Dios? ¿Conmigo?

Mi madre se separaba de la marmita y se enjugaba el lustre de la frente.

—Igual que hago todas las cosas —decía enfadada; yo apartaba las manos de la tela y retrocedía; ella escupía vapor de lejía y me clavaba los ojos sin sonreír—. Por mí misma. Llegaría sola, por mí misma.

La creía. Yo era lo único que le importaba, si exceptuamos el café. Le gustaba tanto que atesoraba los granos dentro de una lata espe-

cial que había en nuestra habitación. Los contaba durante la noche, antes de dormirse, cuando creía que yo tenía los ojos cerrados.

Pero antes de colocárselos bajo la nariz con la palma plana, con las fosas nasales casi pegadas a los granos oscuros, rezaba, y yo la escuchaba. Encendía dos velas pequeñas que mantenía ocultas porque estaban prohibidas. Se las había hecho ella misma cuando fundimos las otras para los Bordelon. Vertía un sorbo del café del día dentro de un diminuto plato azul que había en la jofaina y colocaba un grano sobre una tela tan azul que era casi negra. También colocaba un peso de oro sobre la tela y un rizo de mi pelo tan redondo como una pulsera.

Me miraba y mis ojos seguían cerrados.

Mamère rezaba en francés, aunque asomaban palabras africanas. Yo sabía que las había aprendido de su madre, pero eran palabras que nunca me decía. Rezaba a todos los dioses, del agua y la tierra, al Dios que está allá arriba, mon Dieu, para que yo me levantara sana por la mañana, aguantara viva todo el día; para que me cuidara hasta la noche siguiente, cuando ella volviera a rezar.

Cuando acababa, apagaba las velas de un soplo y las dejaba junto a nuestros platos de madera. Parecían frías y pequeñas. Después, junto con la tela, la pulsera de pelo y la moneda, las ponía dentro de una bolsa y las escondía en la cocina, donde guardábamos las cucharas y las tazas. Si alguien entraba a mirar, no pensaría que esas cosas pudieran tener valor para nadie. Quizá se llevarían la moneda, pero no sabrían que el resto era su templo.

Dormía en su silla gran parte de la noche. Me despertaba y la veía recostada contra el respaldo de junco, la mejilla derecha sobre la mano abierta. Era ya noche cerrada: de la lumbre sólo quedaban las rojas ascuas.

Hacia el amanecer se echaba junto a mí en la cama con aquella respiración áspera como la escofina que los hombres usaban para

aflar sus machetes. Me despertaba antes del alba, cuando atizaba el fuego. Tostaba sus granos de café en la sartén negra y luego los molía en el molinillo metálico que mantenía sujeto al borde de la mesa. Vertía agua hirviendo sobre el café en la cazuela mellada, una de las primeras cosas que recuerdo haber visto de niña. Luego cogía su cesta de trapo y sacaba la lata de los cigarros. De allí, envuelto en papel marrón, extraía un cono duro de azúcar blanco que relucía al fuego.

Caña verde prensada y hervida; luego melaza escurrida y el azúcar se volvía blanco y formaba un cono duro como los cuernos de vaca gracias a una magia que ocurría en lugares remotos. Los esclavos tenían melaza medida en baldes durante la semana. Tretite, la cocinera, había robado el azúcar para mi madre semanas antes a cambio de un vestido de boda blanco. Sólo los Bordelon tenían azúcar.

Mi madre cortó dos pellizcos grandes con sus viejas tijeras para el azúcar. Removió su dureza dentro del café y abrió los postigos de madera. Contempló el rosa o el gris del día por la ventana y observé cómo se le movía la garganta al tragar el café.

Me llegaba un fuerte olor a tierra amarga. No entendía cómo podía beber ese líquido ni masticar los granos durante el día. Una vez se lo comenté y me dijo que su madre mascaba algo que le dejaba los dientes anaranjados. Una nuez o una semilla.

—En África.

—¿Sabía bien la nuez?

Se encogió de hombros.

—Nunca la probé.

—¿Estabas en África?

—Yo era una niña en el barco. Sólo recuerdo el barco.

—¿Cómo murió ella, tu madre?

Mi madre levantó la barbilla hacia mí, exactamente como hacía con madame y con todos, y por un momento ni siquiera me vio.

Apretaba los labios con tanta fuerza que desaparecían, y su cara era como algo que flotara en el cuarto del doctor Tom, como si el aire fuera un líquido plateado que enmarcara su silueta.

Pero entonces sus ojos caían sobre mí y, sin que se la oyera respirar, su pecho subía muy alto y luego bajaba.

—Murió del olor. Azul soldado. Ese año.

Hoy, cuando ha apartado la mirada de los postigos, el cielo aún estaba oscuro. Ha dejado su taza sobre la mesa y se ha ceñido el tignon. De la lata ha sacado mi plato con el pavo real.

Mi madre le cambió a un vendedor de los pantanos jabón del bueno y tela por ese platito. Yo tenía siete años. Me dijo que, si me comía mi galleta o mi papilla de maíz, todo un mundo aparecería debajo.

Un árbol con ramas colgantes. Una verja y más allá un río con un bote. Y sobre la verja un pavo real, la cabeza coronada y la cola, ese ornamento que arrastra.

De la calle llegaban tenues voces. La campana del trabajo sonaría pronto. Envolvió el cono de azúcar en un papel y cerró la lata para protegerlo de hormigas y ratas. Alguien llamó entonces a los postigos. Mi madre se volvió con el gesto de alguien que acaba de ver una serpiente.

Nadie visitaba a mi madre sin avisar. Ella iba a ver a las mujeres de le quartier, a veces les llevaba cosas para intercambiar, pero incluso Tretite, la cocinera, siempre le anunciaba de antemano que iría a visitarla.

—Marie-Thérèse —susurró una voz apremiante cerca de los postigos abiertos—. C'est moi.

Eveline. Me incorporé en la cama. El amanecer era apenas un hálito plateado sobre los árboles. Había dos mujeres junto a la puerta.

Eveline entró, pero la otra mujer, una desconocida con cicatrices en la cima de las mejillas, se quedó en la entrada.

—La visita mensual llega cuando estoy en el campo, junto a Petit Clair —dijo Eveline—. Demasiado lejos para andar y se me echa a perder el vestido.

Mi madre abrió el fardo y olió la sangre. Eveline suspiró y me miró mientras yo me trenzaba el pelo.

—Sé que a Moinette también le llega ya su mes. Sé que tienes mucho que lavar, Marie-Thérèse. Te traigo algo de parte de Michel, para las gracias.

Abrió una bolsa de tela que había a sus pies y asomó la reluciente cabeza de un pato, su pico amarillo verdoso. ¿Hueso? ¿Los picos estaban hechos de hueso?

Su marido, Michel, ponía trampas los fines de semana y hacía trueques con los conejos y las aves. Eveline y Michel cortaban más caña que nadie en Azure. Eveline se irguió de nuevo. Era rolliza de brazos, de cara y de estómago, por sus cinco hijos, decía, que le habían dejado en el cuerpo su grasa de bebés. Pero cuando levantaba la cabeza el cuello era su parte más hermosa. Era largo y tan perfecto como un jarrón con tres líneas de adorno, tres líneas de piel parda más pálida que se le formaban por estar agachada entre cañas todo el día y cuando cocinaba durante la larga noche.

—Llegamos muy tarde. Dicen que tal vez viene helada. No puedo lavar y no puedo dejar el vestido en casa. El olor trae ratas.

—Lo haré hoy —dijo mi madre con una mueca; luego alzó la barbilla en dirección a la entrada, hacia la mujer alta y desconocida.

—Es nueva —dijo Eveline—, comprada para la molienda. Quiere verte.

Cuando Eveline se fue, la mujer entró y se detuvo educadamente. Mi madre volvió a levantar la barbilla como le hacía a todo el mundo. La mandíbula y la barbilla de mi madre eran casi todo el alfabeto de su lenguaje: cómoladeaba la cara para indicar ira o curiosidad, cómo levantaba ese saliente de hueso directamente hacia alguien para mostrar que estaba escuchando.

La cara de la nueva era estrecha y oscura, como la de mamère, pero tenía más arrugas en torno a los ojos. Las dos cicatrices de las mejillas formaban una protuberancia brillante como tiras de satén. Se reclinó contra la pared.

—Recién llegada —dijo en inglés—, yo y mis hijos —levantó cuatro dedos.

Mi madre asintió.

—Poco inglés yo, pero ella más —desplazó la barbilla hacia mí.

—Yo Hera —dijo la mujer.

—Marie-Thérèse.

Los ojos de Hera se movieron rápidamente desde la cama a las sillas, desde las tablas de lavar colgadas en la pared a los tres cutíes para colchón que habíamos acabado de coser la noche anterior. Luego prosiguieron hasta mí.

—Alguien te deja una carga bonita —me examinó el pelo que no había acabado de trenzarme.

Mamère no contestó. Movié los colchones hacia la puerta. Teníamos que llevarlos a la casa.

—¿Él aquí?

Me mordí los labios. Mamère odiaba esa parte y yo también. Cuando nos veían por primera vez, tratantes, nuevos esclavos o quienes visitaban Azure, todos intentaban averiguar quiénes éramos, de dónde había salido yo.

—Non.

Hera se quedó callada después de percibir cólera en la respuesta de mi madre. Se frotó los brazos y miró mi labor de costura. Una manga de vestido para Céphaline.

Nos observaba. Veía lo que teníamos. Nos calibraba como los humanos se calibran continuamente, cada minuto. Quería ver qué aspecto teníamos, qué poseíamos, para compararlo con lo suyo, para adivinar cómo podría conseguir que le diéramos algo o aceptáramos algo o trocáramos algo para su habitación, enfrente de la de

Eveline. Quizá no tuviese nada. O quizá tuviera más que nosotros. No. Mírala a los ojos. Como madame Bordelon cuando tasaba los carruajes, los abrigos y la porcelana de otras mujeres.

Hera me miró otra vez.

—¿Tú sola?

Mi madre levantó la vista.

—Basta una vela para iluminar cuarto —dijo.

Hera asintió y volvió a frotarse los brazos. Me llegaba el olor a sangre de las ropas de Eveline.

Mamère dejó en el suelo el cesto de lavar con las ropas negras y dijo:

—Quoi besoin? —me miró ceñuda, buscaba las palabras inglesas.

—¿Qué necesita? —les susurré a las dos.

—Yo nada —dijo Hera.

—¿Qué necesitan? —mi madre aludía a los hijos de Hera.

—Dicen tú cosas.

Mi madre alzó la barbilla una pulgada.

—Dicen haces trueque.

Levantó las cejas.

—Mi hija quince —dijo Hera—. Necesita vestido para Año Nuevo. Oigo que amo sólo da vestido negro. Ella necesita vestido bonito, encontrar alguien y estar mejor —sacudió la cabeza hacia mí—. La mía no guapa como ésta. ¿Cuántos años?

Sus cicatrices tribales relucieron: supe que era africana. ¿Qué edad tendría cuando la cortaron? ¿Se lo había hecho su madre? ¿Había rajado la piel de su hija?

—Acabo de cumplir catorce —dije.

—Poco tiempo —dijo Hera—. Tan guapa, alguien se la lleva pronto.

—No pronto —dijo mi madre entornando los ojos hasta que desaparecieron; abrió la puerta.

El cielo era ya plata y Hera no debía alejarse de le quartier a no ser que desfilara con los otros hacia los cañamelares.

—La campana suena pronto.

Pero Hera no se movió.

—¿Tú piensas trueque?

Mi madre inclinó la cabeza hacia la izquierda. Ojalá Hera comprendiera que eso significaba «tal vez».

Mi madre metió el pato en un cesto que colgaba del techo. Dejó un trozo de pan del día anterior en el plato. Dentro del amarillo colocó una esquirla de azúcar. Se me derritió en la lengua.

Cuando entrábamos en la cocina, Tretite nos daba carne y galletas con el fardo de la colada. Y granos de café. Mamère sólo comía carne y galletas, pero todo el día mascaba granos de café.

Estiró la manta sobre el colchón, aunque sólo había estado echada unas horas. En un lado, junto a la ventana, mi cuerpo había ahuecado el musgo dejándolo con mi forma.

—¿Por qué no te metes en la cama antes? —le preguntaba cuando era pequeña.

—Porque la cama es demasiado blanda.

—¿Coserás para ella? —le pregunté ese día.

Se encogió de hombros.

—¿No estás cansada? ¿Por qué duermes en la silla y no en la cama?

Esta vez mamère puso otra cara.

—Porque estaría cómoda. Estar tendida en la cama es como vo-
lar. Si me sintiera así toda la noche no podría levantarme —dijo.

Miré la manta de lana que había sobre el espacio vacío que era mío.

—¿Comprends? —murmuró mirándome—. Da miedo estar tan descansada.

Asentí, pero no lo entendía.

Chirriaron las ruedas de la carreta. Mamère se puso otro pellizco de azúcar en el bolsillo del delantal. Pero el azúcar nos rodeaba, un muro

de cañas que delimitaba nuestro calvero. Tres metros de alto. Lo medí a palmos. Una vez, el doctor Tom le dijo a msieu: «Michel, su esclavo más grande, debe de medir un imponente metro ochenta». Y yo retrocedí hasta que mi mano rígida igualó la estatura de Michel.

La caña era como Michel más la mitad de su cuerpo.

—Basta —susurró mamère—. Parece que estás saludando.

—¿A quién?

Me pegó la mano a un costado.

—A quien sea.

Esperamos en la galería de atrás a que Tretite nos trajera el fardo. Su cara era una tarta aplastada bajo el tignon rojo, las mejillas lisas, anchas y relucientes de sudor; los ojos, la nariz y los labios apiñados en el centro.

Cuando yo tenía seis años me vio mirándola y susurró:

—Me duermo boca abajo cuando yo petite como tú. Me aplasto tout —después me puso las manos en su pequeño mentón, que brillaba con el marrón rojizo de la melaza al gotear.

Aquella mañana asintió y dijo:

—¿Dorm bien?

Mamère sacudió la cabeza. Era lo que decían: ¿has dormido bien?

Detrás de Tretite, en la despensa, había grandes tarros de aceite de oliva alineados junto a la pared y velas que había que despabilar.

—¿Tête bien?

Mamère cogió el fardo y alzó la mirada hacia Tretite, que se encogió de hombros. Cada día tenía dolor de cabeza. Con su dedo achaparrado señaló el montón de servilletas sucias.

—Merci —dijo mi madre.

Dentro de los cuadrados con las iniciales bordadas estaba nuestro desayuno y diez granos de café. Tretite siempre robaba para mamère, por el vestido de muselina blanco que mamère le cosió con una mosquitera vieja.

Tretite tenía cuarenta años, pero le encantaban los vestidos de boda. Perteneecía a madame Bordelon desde los veinte, me dijo, y nunca le permitieron casarse.

—No quiere que yo distraer con hombre o con bebé. Entonces no cocinar perfecto. Yo no quiero hombres, sólo vestido blanco. Ya tuve el hombre cuando tenía dieciséis, demasiados problemas. Mi casa es mi casa. Mi fuego es mi fuego.

Presenció la boda de madame Bordelon con msieu y cocinó el elaborado banquete. Durante todos esos años quiso un vestido blanco. Lo llevaba los domingos para visitar le quartier.

—Yo paloma y vosotros estorninos —decía, pero la gente sólo se reía porque ella también se reía, y los domingos ellos podían olvidarse de sus ropas negras.

Recogí el cesto de la colada y regresé a nuestra casa.

Desde la galería de atrás se veían los graneros y los establos a un lado la cocina de Tretite y su habitación adosada. Camino abajo, nuestros tres pacanos, nuestro calvero como una gruta, aunque madame hiciera podar las ramas para vernos.

Ellos podían verlo todo.

Camino abajo, la calle de los esclavos flanqueada de casas y caltalpas. Las chimeneas, cada una con una columna de humo fina como un hilo subiendo hacia el cielo, como si Dios tirara de las oscuras madejas.

Ahora que ya tenía catorce años debía quedarme en nuestra habitación o en el calvero. Ni siquiera podía ir a los cañamelares o a la linde del ciprière, donde los ancianos cipreses hundían las raíces en el agua vítrea y negra. Ya no podía merodear por el río porque alguien podría robarme. Tretite dijo:

—Nosotros muy al sur de Nueva Orleans y los hombres de Lafitte vienen por río o por bayou. Buscan gente para vender. Te ven, te llevan enseguida.

—Los hombres de Lafitte no se meterán en el cañamolar —dije enfadada—. Los corsarios no quieren hierba.

—Ladrones de esclavos agarran a cualquiera. Se llevaron a ese niño de Petit Clair que pescaba. Su madre ya ha perdido dos. Chilló tan fuerte que la oí desde nuestro patio. Los hombres de Lafitte venden a una niña como tú...

Mi madre dijo:

—Quédate donde te vea. Siempre.

—Hay buen musgo en el ciprière —comencé a decir, y mi madre dijo:

—Los hombres de Lafitte conocen todos los bayous de todos los ciprières.

—Los hombres de Lafitte saben lo que hay debajo de tu vestido —dijo Tretite—. Tienen a niñas como tú allá abajo, en Barataria, donde viven —me bajó el tignon hasta dejármelo bien apretado.

El pelo me ardía bajo el tignon. Debajo del vestido, encima de mi cabeza. Estaba harta de oír las palabras. ¿Qué harían con mi pelo? ¿Arrancármelo de la cabeza? ¿Tejer una cuerda para estrangularme? ¿Se quedarían mirándolo?

Yo tenía el pelo suave como el musgo gris cuando cuelga de las ramas. Pero hervíamos el musgo durante días en las tinas de lavar y luego tendíamos las cortinas negras y goteantes en las estacas de la verja y en las matas. Al cabo de un tiempo al sol, el musgo quedaba como un alambre negro, tieso y enmarañado. Mamère y yo metíamos el musgo seco en los nuevos cutíes que habíamos cosido para los Bordelon.

Yo transportaba los colchones de uno en uno en la carreta y Félonise, la doncella, me ayudaba a subirlos a las habitaciones. Me miraba con aire soñador.

Félonise rara vez decía nada a nadie. Tan sólo se quedaba mirando lo que tenía delante: la mesa que abrillantaba, el florero que limpiaba, el suelo que fregaba.

Un día, cuando yo tenía diez años, me llevó al cuarto de msieu Bordelon a limpiar los muebles. Félonise me dio un trapito rociado con aceite de limón y mi mano siguió la suya mientras describía círculos sobre el armario. Era más alta que yo y canturreaba, y el canturreo vibraba en su garganta, caía sobre mi cabeza y penetraba en mi cráneo como un estremecimiento. El aceite de limón desaparecía en la madera dejando una pátina. Mi trapo se volvió traslúcido y, cuando acabamos, Félonise aún no había dicho una palabra, sólo había canturreado tanto que me dolían los oídos. Me cogió la mano y nuestros dedos parecían conchas glaseadas, la mano de Félonise iba pegada a la mía cuando salimos del dormitorio.

Ya habíamos cargado el colchón hasta el cuarto de grandmère Bordelon, en el lado de la casa de las mujeres. Grandmère estaba muy gorda y se sentaba en una silla delante de las puertas que conducían a la galería. Tenía un catalejo y espiaba el río. Se volvió hacia nosotras y dijo:

— Vosotras... no os olvidéis de alisarla bien. Siempre hay que alisar una nueva cama.

El rodillo estaba apoyado en unas muescas colocadas en lo alto de la cabecera de caoba. Colocamos el colchón sobre las cuerdas y bajamos el rodillo, pesado y lustroso. Adelante y atrás, alisamos los tercos grumos de musgo y, mientras trabajábamos, Félonise puso los ojos bizcos hasta que no vio nada, ni el cutí ni mis dedos, al otro lado.

Grandmère se pasaba el día y la noche hablándole y la hacía ir de un lado para otro de la casa trayendo, llevando y esperando. Me asustaban las mejillas de grandmère Bordelon, enormes y temblorosas, que le caían por debajo de la barbilla como si se le hubiese derretido la cara; la grasa estaba bajo nuestra piel, la grasa como las manchas blancas y cerosas que había bajo la basta piel del jamón.

Grandmère era la madre de msieu. Había vivido en la primera casa, más pequeña, entre los robles de las tierras adyacentes a los campos, y después de la muerte de su marido era incapaz de dormir

sola. Su esclava Marie-Claire tenía órdenes de no moverse de su lado ni cuando dormía. Pero una vez grandmère se despertó y estaba sola. Chilló, pero Marie-Claire estaba en le quartier con un niño que tenía fiebre.

Grandmère hizo atar a Marie-Claire. Se pasó dos días amarrada en el patio. Tretite dijo que, desde la galería, Marie-Claire parecía una muñeca olvidada en el suelo y que nadie se podía acercar a ella.

Cuando la soltaron, Tretite vio en las mejillas de Marie-Claire unos agujeros que sangraban.

—Ratas —dijo Marie-Claire, y fue incapaz de hablar durante semanas.

Las ratas acudían cada noche a la casa de grandmère, donde guardaba una provisión de dulces y nueces.

La primera casa ardió por culpa de un fuego en la cocina y ahora no había nada entre los robles.

Pude oler el aliento de grandmère. Cuando hubimos hecho la cama y puesto el cobertor blanco que yo tantas veces había blanqueado para quitar las manchas, grandmère me cogió la falda con el índice y el pulgar.

—Sang mélé —dijo levantándome la muñeca y dejándola caer—. Me había olvidado de ti.

Su vestido de crepé negro olía a vino agrio, a cebollas y a humo.

—Ya tienes edad. En Nueva Orleans, las mulâtresses son las mejores para peinar —asintió terminante—. Hoy, hoy aprenderás a peinar. De buen grado o por la fuerza, Céphaline necesita una doncella que sepa vestirla.

Me escrutó la cara: tenía los ojos azules como los de Céphaline, sólo que turbios en los bordes, como si alguien hubiera removido harina de maíz en el interior.

Volví a la cocina. Mulâtresse. «Eres una mula, pero las mulas no engendran —me dijo una vez Christophe—. Tu único trabajo es dar placer.»

Hijos. ¿No podía tener hijos? Félonise estaba junto a la mesa, comiendo un higo. Tenía la piel del mismo gris pálido que las camisas lavadas muchas veces. Igual que los ojos. Cogió el higo y desapareció en la sala. Entró Tretite.

—Tretite —susurré sabiendo que eso era algo que mi madre no quería enseñarme cuando estábamos a solas en el calvero; a lo mejor no lo sabía—, dime qué es Félonise.

—Comprend pas —dijo toqueteando los higos púrpura.

—Mulâtresse, c'est moi —dije—. ¿Y Félonise?

Tretite me miró con severidad y frunció su boca diminuta hasta que desapareció bajo sus mejillas divididas en pliegues.

—Pourquoi?

Levanté la barbilla y sentí a mi madre dentro de mi cráneo. Luego levanté aún más la barbilla y dije:

—Grandmère Bordelon dijo que una mulâtresse debe aprender a peinar.

Tretite colocó los higos en un cuenco azul y a continuación posó los dedos en abanico sobre el borde de la mesa.

—Oui. Mulâtresse. Y Félonise, c'est quadroon. La madre como tú, el padre, c'est blanc. Eh là, Félonise tiene hija y el padre blanc. En Nueva Orleans. C'est octooroon, la niña. Se la llevan cuando tiene dos años y Félonise vendida aquí. Esa niña... blanca como Céphaline, pero pelo negro negro y ojos negros negros.

Aquel día los dedos de Félonise apretaban los míos, el aceite de limón brillantaba nuestras palmas.

—Y lo contrario es Eveline. Griffé. La madre mulâtresse, el padre, negro. Los niños de Eveline, sacatra. Griffé y negro. Ya ves —dijo Tretite.

Oí a mamère con el carro, que traía el nuevo colchón de Céphaline, y salí. Mi madre era africana, singalesa, pero en su frente no brillaba el negro puro bajo el tignon, también había rojo y negro. Las palmas de las manos tenían arrugas blancas de tanto lavar. Sa-

caba la lengua rosada al remover. Los ojos casi púrpura cuando miraba los míos. Y una raya de polvo dorado en las mejillas, donde se había frotado.

¿Cómo puedes calcular números como en las clases de Céphaline, pero dentro de la sangre de alguien? Félonise se me acercó por detrás para subir el colchón a la habitación de Céphaline.

Céphaline estaba sentada en su escritorio. Tenía el pelo lacio y sujeto con una cinta sucia. No levantó la cabeza para mirarme. Las letras y los números eran tan pequeños y apretados que la página parecía cubierta de encaje negro. Yo había aprendido a leer sus palabras desde pequeña. Tan sólo pude identificar unas pocas (coeur, cheval, écrire, ordinaire) cuando pasé lentamente a su lado para bajar el rodillo de la cabecera de su cama.

Corazón, caballo, escribir, ordinario.

Todavía no le diría a mi madre que la dejaba para trasladarme a la casa. Aún era pronto. Agité los frascos de nuestras soluciones limpiadoras para ver si alguna se había pasado.

El mantel, extendido sobre la mesa de trabajo de nuestro calvero, estaba manchado de muchos colores. El vino derramado era como una lengua roja. Eso debía de ser cosa de msieu Lemoyne, un vecino muy viejo que vivía solo en Petit Clair. En la cena del domingo siempre le temblaban las manos.

Ayer los Bordelon invitaron a dos familias que viven río abajo. Lo que significaba que Céphaline había tenido que sonreír y cantarles a los hijos y que hoy estaría de un humor tan agrio como el olor de este frasco quitamanchas de aceite.

Mamère anudaba hilos de colores diferentes en torno al cuello de cada frasco para saber qué había en cada uno.

La grasa del jamón formaba ventanas de transparencia en el mantel, hacía rielar la tela, de manera que debajo se veía la madera de la mesa, y apreté la punta del dedo en la grasa. ¿Cómo pene-

traba en los hilos la grasa de cerdo? La misma grasa que hervíamos para el jabón... ¿Cómo transformaban las cenizas la grasa en el...? ¿Cómo lo llamaba Céphaline en sus clases con mademoiselle, cuando las niñas Auzenne se reían de su concentración, de su manera de arrugar la frente? El agente. ¿El agente que eliminaba la grasa?

Me pregunté cuánta grasa había debajo de mi piel y me pellizqué el brazo. Mamère vio mis dedos.

—Quita la grasa, emplea el verde.

—Lo sé.

Agité suavemente el frasco. El jabón blanco lavaba muy bien, agua de lluvia blanda y sal, dos yemas de huevos frescos, zumo de col, hiel de toro y sal de tártaro de la cocina de Tretite.

Froté el líquido en las zonas doradas.

—¿Qué? —mi madre sabía que una pregunta me rondaba por la cabeza.

Me vio mirándole los antebrazos y las muñecas, más anchos que la parte que quedaba encima del codo, y dijo:

—Toujours lavando, cada día, te queda el brazo así.

—No. Tu brazo, no.

—¿Entonces qué?

Era incapaz de preguntárselo. Odiaba las preguntas que, junto con las ropas sucias de Céphaline, yo traía de su cuarto después de oírla leer o discutir con su institutriz. ¿Cómo mides la grasa de una persona? Me hundí las mejillas con el dedo. ¿Era grasa lo que había debajo de la mejilla? ¿No era músculo?

Mi madre nunca quería hablar de las clases que trataban de cerebros, huesos y libros, de manera que cuando estábamos solas comenzaba rápidamente su propia instrucción con una palabra.

—Sangre.

Introdujo la ropa negra de Eveline en el interior de una marmita con agua que no echaba vapor. Pero entonces me entregó la funda de

un almohadón blanco con pecas marrones. El almohadón de Céphaline. Se había vuelto a rascar los boutons, los granos de sus mejillas.

—Hilo blanco.

El jabón blanco limpiaba bien, una libra de alumbre, tártaro y agua de lluvia. Mamère empapó un trapo blanco de franela con el líquido y frotó la sangre seca.

Desde que yo era pequeña, ella siempre comenzaba con una palabra.

—Sangre. Agua fría y esmero. La sangre se queda para siempre, igual que se extiende en la tela.

—Salsa. Quítala. Utiliza el frasco del hilo marrón.

—Barro. El frasco del hilo negro.

—Vino. Hilo rojo.

Jabón para las manchas de sudor en las axilas de la camisola de madame y de Céphaline, que olían a sal y a preocupación, las camisas blancas de msieu, que olían a humo y a hierba, y los enormes bombachos que grandmère llevaba bajo el vestido: carne rancia y agua de rosas.

¿Cómo quitan la grasa de los hilos las yemas de huevo y el zumo de col? Los frascos contenían sus turbios fluidos. La sangre, la saliva y las lágrimas estaban dentro de nosotros. ¿Qué fabricaba las lágrimas?

Hervimos las ropas blancas y las enjuagamos en azulete. Antes de mediodía las tendimos en los hilos que colgaban de las ramas de los pacanos con las pinzas de madera que el marido de Eveline, Michel, labró para mamère hace mucho. Se ensancharon en los extremos como señoras que bailaran, y me acordé de cuando era pequeña y sólo utilizaba las pinzas para jugar. Ahora parecían hombres sin cara encabalgados en las ropas.

Hacía tanto calor que la ropa blanca se secó enseguida y de nuevo pareció cobrar vida. El aire estaba en su interior. Primero descolgué la de Céphaline, del mismo tamaño que la mía, y fue como si anduviéramos juntas siguiendo el tendedero. Su camisola estaba

llena de viento, inclinándose hacia mí. Y la camisa de msieu se retorció para esquivarme.

Madame Bordelon salió a la galería de atrás e hizo visera con la mano, un gesto que repetía todo el día. Sus dedos un pico de ganso, la muñeca y el antebrazo un largo y curvo cuello de ganso. Como una señal secreta dirigida a alguien, aun cuando los únicos esclavos que viera fuéramos nosotras dos. Casi siempre podía vernos.

—¿Ropa blanca? —le gritó a mamère—. ¿Has lavado toda esa ropa blanca y todavía no el vestido de grandmère?

Mamère no parecía nerviosa. Madame bajó hasta la mitad las escaleras de la galería que llevaban al patio. La cocina y el calvero eran responsabilidad suya, pero no los campos. Los ojos de madame eran una franja oscura de sombra, pero su boca era una reluciente franja de dientes cuando levantó el labio para poder entrecestrar mejor los ojos. Para ver.

Lavar la ropa de los trabajadores de los campos no era trabajo de mamère. Éstos tenían que lavarse su propia ropa. Nosotros sólo lavábamos la ropa de los Bordelon, sus invitados y Tretite. La falda negra de Eveline flotaba en la marmita.

—El vestido de madame es el siguiente.

Mamère alzó la voz, pero no la cara. Nunca pareció inquietarla que madame pudiera bajar al calvero, pero madame todavía no se dio la vuelta como solía hacer.

—Moinette.

—¿Madame? —respondí.

Mi madre dejó de frotar la ropa en la tabla de lavar, cesó el floc floc.

—Vendrás cuando la campana dé las doce, Moinette —luego madame dio media vuelta en las escaleras—. Marie-Thérèse —añadió—, no te olvides de quitar los botones.

—Los botones de azabache son de París —remató mamère en voz baja.

Hojas de higuera hervidas en agua es lo que utilizábamos para quitar las manchas de los vestidos de crepé negro de grandmère. Llevaba diez años ataviada de negro, desde que su marido murió y le dejó Azure y toda la tierra a ella. Desde ese día, todos los demás también han vestido de negro. Solía decir:

—Es fácil distinguir los cuervos negros en el cañamelar. Ver si roban. Ver si duermen.

Dormir era robar. Robar tiempo. Cortó los hilos de los botones. Mi madre alzó la vista.

—¿La campana de las doce? —preguntó—. ¿Hoy?

Sujetó la pila de ropa en la marmita, negra como papel calcinado, pero el agua de lavar era de un rojo oscuro. La sangre de Eveline. Bajo el vestido.

—¿Sólo vas hoy?

Los botones de azabache relucían sobre la mesa como ojos de pájaro. Dije:

—No lo sé.

Mi madre estaba asustada. Le daba miedo que tuviera que dormir dentro de la casa, lejos de ella.

Los cascos de los caballos rasparon la superficie del camino. Madame Auzenne estaba allí con sus hijas. Venían cada semana para las clases, pero hoy se traían a su peluquera de Nueva Orleans para que preparara a Céphaline para la temporada de invierno: cenas, bailes, hombres.

Mamère escuchó las ruedas del carruaje.

—¿Céphaline toma sus clases para casarse igual que tú te tomas la costura? —preguntó.

Sabía que yo odiaba hacer las puntadas cada vez más pequeñas, como deben ser. Olía el lugar siempre húmedo, en la linde del cañamelar, donde vertíamos el agua sucia de lavar, el olor musgoso a azulete y humedad, y de repente nuestro calvero pareció atiborrado, como el armario de Tretite donde me escondía cuando era pe-

queña. Sentía la cabeza demasiado grande bajo el pañuelo negro. Las voces de las Auzenne llegaban a través de las hojas como diminutos martillos golpeando hierro. Agudas risas y parloteo. La cara de mi madre muy pequeña y oscura bajo su tignon.

Las ropas me rodeaban con sus mangas húmedas. Tenía prohibido meterme en el cañamelar y encontrar un tallo para masticar, tenía prohibido pasear por la ribera del río por miedo a lo que trajera la corriente. Tenía que quedarme ahí, tan cerca de las marmitas de lavar que su hierro caliente me exhalaba en el brazo.

—No son sus clases —dije—. No son las clases que tú crees.

Creía saber lo que pasaría, quise decir. Conocía los líquidos de limpieza, cómo había que planchar y coser y plegar la ropa; dónde encontrar musgo, cómo olía el sebo cuando hacíamos jabón. Creía saber a quién pertenecía. A mamère.

Pero quería volver a ver el cuarto de Céphaline, echar un vistazo a sus palabras sobre el papel y a las palabras de los libros, oír las palabras que pronunciaba en sus clases. El año pasado, cuando madame discutía con Céphaline por el corsé y mis manos tensaban los cordones, mis ojos no se apartaban de los papeles de Céphaline. Páginas cubiertas de una letra perfecta, números, dibujos y poemas. Aprendí a leer algunas palabras a base de escuchar sus clases y ver sus libros infantiles. Yo conocía los números porque de pequeña me encantaban: disponía las pacanas en círculos y las multiplicaba tal como Céphaline hacía con sus puntos de tinta en la página.

—Entiendo las clases que tú me has dado —le dije entonces a mamère porque madame Bordelon salió a la galería y se llevó la mano a las cejas; me buscaba—. Céphaline entiende las clases de los libros. Pero las otras clases, casarse con alguien con dinero, se niega a oírlas.

Después dejé a mamère entre las ropas, y ella apartó la mirada sin decir nada.

Esperé en el patio. Se habían llevado el carruaje. La voz de la institutriz al leer era monótona como una caravana de hormigas. Hileras de palabras sin ningún objeto que esquivar.

Mademoiselle Lorcey era la segunda institutriz que vivía en la habitación contigua a la de Céphaline. La primera duró mucho tiempo, con sus gruesas gafas como diminutos estanques de agua transparente ante los ojos. Céphaline la adoraba. Le enseñó los números y que se podían multiplicar y dividir hasta el infinito.

En aquella época, cuando yo tenía ocho y diez años y doce, entraba en la casa como una mosca. Permanecía en cada habitación lo suficiente para dejar la ropa, limpiar los zapatos con betún, tocar unas pocas mesas y los armarios con los dedos mientras guardaba la ropa blanca.

Oía las clases. Aquella institutriz, madame Lustgarten, era una viuda de Nueva Orleans que no había tenido hijos. «Eres casi mi propia hija», le decía a Céphaline. «Tienes una mente tan despierta... Y las niñas... nunca aman los números como tú. La ciencia les da miedo. Pero a ti no. Nunca he tenido un alumno como tú.»

Yo escuchaba cuando nadie me veía, en medio del largo pasillo, donde el suelo relucía como un río de melaza y los retratos de la pared se miraban entre sí, pero no a mí.

—Herrumbre. Óxido de hierro. Mira los elementos.

Mamère conocía la mezcla para quitar la herrumbre de las camisas blancas de msieu, de cuando inspeccionaba la maquinaria del ingenio azucarero.

—Mira cómo reaccionan los elementos si ponemos este clavo dentro de un tarro con unas gotas de agua.

Ahora, en las escaleras de la parte de atrás, recordaba haberlas oído a las dos. Mamère y madame Lustgarten. Barniz y aceite de limón. Herrumbre y metal. Jabón hecho de sebo y cenizas.

Pero msieu echó a esa institutriz después de tres años porque Céphaline se pasaba todo el tiempo con ella en su habitación, con

sus papeles. Ni cosía ni tocaba el piano ni bailaba. Ya ni le dirigía la palabra a grandmère Bordelon, sólo miraba al vacío: ni siquiera veía a las personas o las paredes o las ventanas. Cuando veía sus ojos dirigidos al aire que había delante de ella sabía que estaba haciendo sumas y experimentos dentro de su cerebro.

Después de madame Lustgarten, pasó mucho tiempo antes de que viniera nadie. Estábamos a treinta millas al sur de Nueva Orleans, decía madame Bordelon con ansia.

—Nadie de categoría quiere vivir ya en la parroquia de Plaquemines.

Recordé cuando Céphaline se aprendía los nombres de los huesos.

Debajo de mi vestido no había más que costillas, piel y estómago. Céphaline me hablaba del cuerpo mientras yo tendía la ropa. El año pasado, en invierno. Después de que echaran a madame Lustgarten, era como si tuviera que contarle sus clases a alguien. Céphaline se sentía sola.

Dijo que éramos huesos y ligamentos y tendones y grasa y músculo y órganos. Dijo que mirara el cuerpo de un cerdo cuando lo mataban; éramos lo mismo, exceptuando el tamaño.

—¿De qué? —pregunté dejando sus zapatos en el suelo.

—De esas cosas. Del cerebro, los huesos, los estómagos. Los mamíferos lo tienen casi todo en común. Mira... —estaba en su escritorio—. Los mamíferos alumbran crías vivas. Los reptiles ponen huevos. Y las aves. Mira las clasificaciones.

Las páginas de su libro tenían los bordes dorados. Sabía que yo era incapaz de leer esas palabras. Pero en sus libros ilustrados para niños aprendí rápidamente otras palabras: chat, cheval, chien. Gato, caballo, perro.

Aquel día ordenaba los animales por columnas. Vaca. Cerdo. Caballo. Serpiente. Pavo. Pollo.

—¿Dónde está la mula? —dije.

Frunció el ceño y recorrió las columnas con el dedo.

—Una mula es la cría de un caballo y un asno. Es un híbrido.

Madame me llamó. Llevé los manteles planchados envueltos en una cinta roja. Mamère siempre ataba las ropas limpias con cintas en líos cuadrados, al principio para que yo supiera de quién era cada una y luego porque a madame le gustaba.

Madame y msieu se levantaban de la mesa. La diminuta astilla de madera entre los dientes.

—Por eso la chica es valiosa —dijo madame mirando la ropa blanca que yo abrazaba.

Recordé las palabras. Mamífero. Híbrido.

—¿Ella? —él me miraba.

Un escalofrío me recorrió el espinazo. Los omóplatos, me había dicho Céphaline. No son alas de ángel. Eso es una bobada. Son huesos. Somos humanos, no ángeles.

—No —dijo madame cogiendo los fardos—. La madre, Marie-Thérèse, hace la colada a la perfección y me la devuelve liada con estos preciosos lazos.

No me miraba a mí, sino a la cinta. Él dijo:

—Está limpia. Cómo entreguen la colada no es importante.

Madame se expresó con cierta impaciencia.

—Es la presentación de la belleza —dijo—. Tiene más importancia de lo que imaginas.

—¿Para quién? —él levantó un poco la voz—. ¿Para ti?

La voz de ella era tan etérea como el vapor.

—Para las mujeres que vienen a esta casa y ven los manteles y las servilletas y nos juzgan. Las mujeres que tienen hijos. A no ser que este invierno nos pasemos semanas en Nueva Orleans, sólo tenemos a los Desjardin y a los Auzenne como posibles maridos. ¿No ves cómo miran esta casa? ¿Y a ella?

Ella era Céphaline. Yo tenía que aprender a ponerla guapa.

—Moinette —madame Bordelon me llamó desde el comedor—. Coge el pastel de jengibre y diles que voy enseguida. No sé

dónde se ha metido Félonise. Está tan vieja que no puede ni moverse.

Madame Auzenne, con sus rizos como orugas cayéndole por las mejillas, vestida de seda marrón, estudiaba algo en el aparador.

Llevé la fuente a la sala, donde las niñas tenían que tocar el piano una hora después de comer.

Las niñas de los Auzenne estaban en el sofá. Tenían doce, catorce y dieciséis años. Tenían el pelo negro y rizado en las sienes, las mejillas blancas y tersas como la curva de una cáscara de huevo. Durante las clases de historia se quedaban sentadas igual que las muñecas de las estanterías de Céphaline, la cabeza erguida, las manos quietas, y cuando mademoiselle Lorcey les preguntaba el nombre del gobernador de Nueva Orleans o del rey de Francia, tan sólo movían las cejas y los hombros para dar a entender que ni lo sabían ni les importaba.

Céphaline enseguida cogió un trozo de pastel.

—El jengibre es una raíz, no una vaina —dijo, y las niñas de los Auzenne sonrieron educadamente como si hubieran trastabillado en la hierba.

Los boutons de las mejillas de Céphaline y su mandíbula relucían como diminutas bayas insertas bajo la piel. Esperé cerca de la puerta, acordándome de los clavos que Tretite introducía bajo el cuello del jamón.

—Las clases han acabado por hoy —dijo mademoiselle Lorcey, y las niñas de los Auzenne pusieron una tenue sonrisa.

Pero no cogieron ningún trozo de pastel hasta que no entró la madre y les dijo:

—Petites.

Madame Lorcey suspiró.

—Al menos los nombres de la realeza os ayudarán a entablar conversación con alguien durante la cena.

La mayor de los Auzenne volvió a enarcar las cejas.

—¿Céphaline tiene que tocar el piano hoy? A lo mejor la peluquera podría ayudarla ahora. A... arreglarse. Así no llegaríamos a casa tan tarde.

La boca de Céphaline formaba una línea tan fina como un arañazo con sangre. Se había frotado pétalos escarlata de geranio en los labios, tal como le había indicado su madre.

—Lo tuyo en cambio no tiene remedio —susurró, y al marcharse revolotearon las faldas cerca de mí.

Madame Bordelon se la quedó mirando, la cara inmutable.

—Moinette, sube —dijo; el borde de su vestido recogía los trocitos de pastel que Céphaline había tirado.

El invierno anterior, para prepararla para la temporada invernal de bailes y cenas de Nueva Orleans, madame me enseñó a vestir a Céphaline y a arreglarle el pelo. Céphaline debería haber tenido ya una doncella, pero no permitía que Félonise la tocara. Céphaline se negaba a llevar corsé y se recogía el pelo en una bola sobre la nuca.

Siempre estaba inclinada sobre su escritorio. Ya entonces yo practicaba para ponerle el corsé o tensar las ballenas y su espalda curvada se erguía. Pero comenzó a caérsele el pelo (un nido de pájaro de un castaño apagado en el cepillo, mechones en el almohadón), y el doctor Tom vino de Nueva Orleans a caballo. Le trajo tónicos y medicamentos, como hacía siempre para grandmère.

Msieu habló con madame.

—No confío en él... es un médico inglés. Aquí nadie quiere a los ingleses. Tal vez deberíamos llevar a Céphaline a París.

Msieu estaba en el dormitorio de Céphaline y parecía preocupado. Amaba a su hija, aunque nunca sonriera. Bajo el sombrero negro tenía la cara reseca y agrietada de tanto cabalgar por los cañamelares.

Me acurruqué en el camastro que había en un rincón, pero ella no dormía. Tenía la cabeza inclinada hacia la bola de luz color diente de león que proyectaba su vela mientras leía.

—No puedo estudiar si respiras —dijo al final.

Yo aspiraba y espiraba mi aire, sólo mi propio aire, con las mejillas apretadas contra el enlucido donde las paredes se encontraban. Pero ella me había enviado a la cocina a por leche y luego había cerrado la puerta con llave, negándose a dejarme entrar, ni a mí ni a nadie más. Dijo que nadie la volvería a tocar. No quería que la toquetearan ni que le pusieran más lacitos.

Ahora leía en su escritorio, la espalda doblada como si llevara un pesado chal en los hombros. Se volvió cuando entré en el dormitorio.

Los ojos de Céphaline eran de un azul parecido a la parte inferior de una llama, a la lumbre de cocinar con madera de pino de Tretite, y dentro del azul había líneas negras como los radios de una rueda de carreta. Sabía que sus ojos eran algo jamás visto antes.

Pero tenía la piel de las comisuras de la boca y de los bordes de la línea del pelo roja e hinchada por culpa de los boutons. Tenía el pelo ralo en las sienes y de un castaño apagado como cáscaras de pacana descoloridas. No negro criollo como las chicas de los Auzenne, cuyos cabellos eran espesos y lustrosos y les llegaban hasta la columna vertebral, de manera que podían recogerlo, sujetarlo con alfileres, rizarlo, a fin de que... un hombre pudiera soltárselo.

La peluquera que venía de Nueva Orleans se llamaba Zerline. Llevaba dos frascos, licoreras de cristal tallado como las que se utilizaban para el brandi y el coñac, pero más pequeñas y con la boca más ancha.

Era de piel más clara que yo. ¿Cuál de las palabras de Tretite le correspondía? ¿Quadroon? El pelo era liso y de un negro reluciente como el cuero de una bota, recogido en un moño tan apretado que era como si no tuviera pelo.

—El olor me llega al cerebro —dijo Céphaline sin levantar la mirada.

Después bajó la cabeza hacia las páginas, y cuando su madre la levantó quedaron manchas de aceite en el papel.

—El precio de la belleza —dijo su madre en voz baja—. En Francia llevábamos un peinado tan alto y pesado que en el carruaje había que ir de rodillas. Da gracias de que sólo tengas rizos a los lados.

Las tenacillas de rizar estaban junto a la lámpara, afiladas como tijeras negras.

—Esto viene de Nueva Orleans, madame —dijo Zerline con su tenue hilo de voz—. Se ha hecho especialmente para las señoras de allí, para los bailes y las fiestas. Si lo aprueba, lo mandaré en el barco.

Sumergió un peine de plata en el frasco y el líquido negro se quedó pegado a los dientes hasta que lentamente pasó el peine por el pelo de Céphaline. Los mechones quedaron separados, diminutas hileras de caña de azúcar, hasta que le recorrió el pelo con las palmas de las manos transformando el tinte en un lustroso casco.

—Maintenant, espera un poco. La piel es lo siguiente.

Vertió líquido del otro frasco en un cuenco y formó una pasta con alumbre de la cocina. Del pelo de Céphaline subía un olor a alcanfor y las mejillas y la frente quedaron cubiertas por máscara blanca.

Me miró con ojos de furia. Aparté la vista. Alguien nos quitaría los alfileres del pelo, pondría su boca en la nuestra y luego nos quitaría el vestido.

Lo que ocurriría después no quería saberlo.

—Nada de lo que Céphaline diga te ayuda. Cuando tenías nueve años dije que la caña es una hierba y que hay que cortar la hierba pequeña que rodea la casa, hacer una pasta y hervirla. Luego vomitas.

Mi madre estaba furiosa. No tenía palabras para ella. Yo había pronunciado la palabra *rótula* en voz alta mientras cosía.

¿Quién fue la primera que comió la hierba en la India? Céphaline decía que la caña de azúcar venía de allí. ¿Quién vio mecerse una hierba alta y se le ocurrió aplastarla con los dientes mientras estaba verde y descubrió ese jugo dulce?

¿Y si se hubiera muerto?

—Dice los nombres de los huesos. ¿En qué te ayuda eso? Clavícula. Fémur. Cráneo. El hueso que rodea el cerebro.

—Me gusta saber las palabras.

—Todavía no sabes nada.

Introdujo la aguja en la manga. Ahora que los colchones estaban acabados teníamos que coser nuevas levitas para los hombres, para la Navidad. El tosco algodón ya estaba teñido de negro.

—El doctor Tom le ha dicho que las uñas y el pelo le crecen, pero muertos. No están vivos. Por eso no le duele cuando se lo cortas o lo quemas. Las tenazas de rizar están más calientes que tu plancha.

Tenía que transformar el pelo de Céphaline en negros rizos en espiral. Rizos más grandes que los míos.

—No te quedes en la misma habitación que ese médico —dijo mamère—. Nadie confía en los ingleses que tienen esa voz. Es viejo y no tiene casa. Sólo un caballo blanco y frascos. No lo escuches.

El doctor Tom tenía dos ojos en un tarro. Cuando yo le colgaba la ropa en el armario de la habitación de invitados y él se iba a ayudar al anciano msieu Lemoyne, que no respiraba bien, yo me quedaba a ver los tarros y los libros.

¿Qué era el disco de color del borde de la bola blanca? No toqué el cristal. ¿De quién era ese ojo de color verde turbio? ¿De quién era ese cerebro? ¿De quién ese bulto pálido que había en otro tarro?

En un platillo había unas muelas cuyas raíces blanquecinas parecían espinas y que guardaba para enseñárselas a los esclavos que no se creían que las muelas fueran tan difíciles de arrancar.

—No te creerías que eran de un niño —dijo detrás de mí; y dejé caer el fardo de camisas blancas.

—Lo siento —dije, pero él rio.

—Necesito una camisa limpia —dijo separando la tela manchada de bálsamo de su cuerpo—. He tardado toda la noche en calmar los pulmones de Lemoyne.

Desanudé la cinta que mamère había atado en torno a sus camisas.

—¿Los pulmones son así de blancos? —señalé el tarro con el bulto pálido con la esperanza de que me dijera lo que era.

El doctor Tom extendió sus manos sobre el pecho.

—Los pulmones son grandes y de un rosa grisáceo, están protegidos por las costillas —dijo—. Lemoyne es un anticuado, como todos los franceses. Se cree que cuando empiece la molienda los vapores del ingenio de azúcar le limpiarán los pulmones. Una deliciosa superstición criolla... que cuando se corta la primera caña, todo va bien.

—Si cree que eso lo curará, quizá tenga razón —dijo madame Bordon fríamente desde la puerta inclinando la cabeza para estudiarme.

Mis dedos recogieron la ropa sucia del suelo.

El doctor Tom pasaba consulta entre Nueva Orleans y las casas del sur que seguían el río, y era el único que estaba dispuesto a cubrir toda esa distancia por el Misisipi. Msieu le pagaba para que cuidara a grandmère y a Céphaline y a cualquier esclavo que se pusiera enfermo o se hiciera daño, y como Azure era una plantación grande, se alojaba allí mientras trabajaba. En la siguiente localidad hacia el sur, Bontemps, msieu LeBrun criaba perros de caza: algunos para cazar ciervos y zorros, otros para cazar esclavos. En las cacerías de LeBrun, los hombres recibían algún disparo accidental o se caían del caballo y se rompían una pierna.

—Soy el impasible y latoso reparador de los descuidos de esos criollos franceses borrachos —decía el doctor Tom enseñándome la sangre que llevaba en los pantalones de alguna herida de bala de una cacería.

Mamère odiaba su cabeza calva y sus patillas rubias y sucias, sus tarros y, sobre todo, las cosas que me contaba. Ahora yo trabajaba cada día en la casa, y por la noche intentaba explicarle el cuerpo a mi madre.

—¿Los pulmones? —agarró la aguja—. ¿Te ha enseñado un pecho? Yo te diré las otras palabras —volví la espalda a su tono áspero; harta de no poder decir nunca nada, de tener que escuchar siempre, mamère dijo—: ¡No! Mi trabajo es decírtelo. Tu trabajo es tener cuidado.

—¿Piel? ¿Dice que la piel protege el cuerpo?

Aplastó la pesada plancha sobre las camisas del médico mientras fuera la lluvia se arremolinaba en torno a las ramas de los pacanos. Me dolían los dedos de los engrudos, la colada y la aguja. Mi madre me preguntó enfadada:

—¿Por qué la piel es tan blanda, entonces? ¿Por qué a les blancs les salen granos? ¿Y pelo en la cara y los brazos?

Bajé la cabeza hacia las puntadas de la levita. ¿Cómo era posible que esos boutons sólo le salieran a Céphaline en la cara y no en las manos ni en la barriga? Ni una pústula.

Entonces, por primera vez, vi que mi madre no estaba segura.

—El pelo —dije—. Me has enseñado a esconder el pelo bajo el tignon. Ellos me enseñan a rizar el pelo de Céphaline. Y para nada. El pelo está muerto. Como la corona de la habitación de madame, la corona de flores con el pelo de su madre.

—¡Moinette! —exclamó mamère con dureza, como si escupiera cáscaras de pacana.

—Todo el pelo está muerto. Eso es lo que me dice el doctor Tom. Dice que el pelo y las uñas son como la piel y las garras de los animales. Es sólo que lo utilizamos mal. Él no me mira... bajo el vestido. Me mira como... a un cuerpo. Un cerebro. Hombres o mujeres. Animales —las hormigas de mis puntadas recorrían la manga—. ¿Para qué tanto esfuerzo si al final vamos a ser como animales?

Mi madre dijo:

—A mí no me preguntes eso. No me preguntes.

Se dio la vuelta y levantó la siguiente levita, pesada e informe, sin brazos.

La mujer llamada Hera deslizó su voz entre los postigos cerrados y mi madre la dejó entrar.

Yo había estado durmiendo, mi madre cosiendo en su silla. Un viejo mantel colgado de dos clavos para proteger la cama de la lumbre y que así la luz no me impidiera dormir. A la luz, las manchas de grasa eran como islas de agua dorada, y pude oír a Hera, que estaba cerca de la puerta.

Mi madre dijo en voz baja:

—¿De dónde has sacado ese nombre? No lo había oído jamás. Hera. Nunca le había oído preguntarle eso a nadie.

—Es el nombre de una reina. Él me dijo algo así. Todos los nombres los saca de un libro. Mi hija es Phrodite.

—¿Dónde?

—Carolina del Sur. Vino aquí el año pasado a plantar azúcar. Debería haberse quedado en los arrozales. Le dio la fiebre. Murió en una semana —extendió un momento los brazos, el cuello doblado mientras se los estudiaba—. El azúcar es más seco que el arroz. Pero hay humo y es afilado. Te corta.

Mi madre asintió:

—Toujours. Todos los días.

Reanudó su costura, invitando a la mujer a retirarse. Retírate, eso era lo que le decía Céphaline a su madre, cosa que ésta detestaba. Ya puedes irte. Retírate.

Hera dejó resbalar la espalda por la pared y quedó tan baja que fue como si secara una línea de líquido con la espalda. Se quedó acucillada en el suelo, la cabeza echada para atrás, y luego se llevó las manos a las mejillas, los dedos extendidos como un abanico. Entre los dedos, imaginé sus cicatrices centelleando.

—Éste de aquí nos compra en la subasta de las cosas del muerto. Para la cosecha. ¿Vende rápido? —susurró.

—No —dijo mamère, ahora, para mi sorpresa, en tono amable—. Los conserva.

Hera se hundió las puntas de los dedos en las mejillas, tan fuerte que levantó la piel hacia los ojos.

—Phrodite. Le dicen que aquí sólo se lleva ropa negra, pero el domingo llevas lo que quieres —señaló con la cabeza la casaca negra que había en el regazo de mamère—. Es todo lo que te dan. Pero ella necesita un vestido. Algo bonito para encontrar un hombre. Una casa. Si yo falto, que pueda cuidar a mis dos pequeños.

—¿Si faltas? —dijo mamère.

—Por lo que veo aquí, en Luisiana, es fácil faltar.

—¿Partir? —mi madre parecía confusa.

—Morir.

Mi madre se puso en pie y con la mano le hizo señas a Hera para que se sentara en mi silla. Esa mujer pensaba que un vestido podía solucionarlo todo, que la belleza y una tela harían que su hija estuviera a salvo.

—Las cicatrices —dijo mamère.

Hera separó los pies y apoyó las manos en las rodillas.

—Aquí dicen que las cicatrices son singalesas. Mi mamá dice que bambaras. Cuando muere yo tengo nueve años. No te ponen las marcas hasta que no te llega la sangre. Cuando tengo catorce años, una anciana las hace.

Entonces mi madre dijo algo con las mismas palabras africanas que utilizaba para rezar. Reconocí unas pocas. Ni. Dya. Faro.

Hera aspiró.

—No puedo hacerle las marcas a Phrodite. Aquí los africanos no gustan. Quieren negro criollo. Siempre me preguntan si soy negra criolla. No puedo hacer nada por Phrodite —respiró con fuerza, casi llorando, los pechos bajaban y se estremecían—. No puedes marcar a tu hija, tan guapa.

Mi madre dijo:

—No, nada de marcas para Moinette.

Tenía los ojos cerrados porque sabía que me estudiarían mientras dormía y bajarían la voz. Hera dijo:

—¿Él no está aquí?

Preguntaba por mi padre. Pero mi madre no se enfadó. Dijo:

—Un comprador de azúcar vino a ver la cosecha. Tretite, la cocinera, dice que el hombre me ve en el campo y le gusta mi cara. Me llama petit visage cuando viene —mi madre ahuecó las manos en torno a la cara.

Cara pequeña. El hombre que era mi padre. Pero lo que él quería...

—Y ella —dijo Hera—. Cara pequeña, ojos como miel. Todo ese pelo. Y tan guapa...

Mi madre negó con la cabeza.

—No. No digas eso.

—¿A quién se parece?

—A nadie —dijo mamère—. Nadie la ve. Pero ahora está allí —mi madre levantó la barbilla hacia la casa.

—Una chica guapa —Hera se puso a hablar de nuevo, pero mi madre la interrumpió.

—Dicen que arreglas el pelo.

—¿Le arreglo el pelo? —preguntó Hera.

—El mío.

Ninguna de las dos se movió. Entonces mi madre dijo:

—Hago un vestido. Azul. Para los domingos por la noche.

Mamère ya estaba fuera cuando me desperté por la mañana.

Cortaba una de las viejas fundas de almohadón de Céphaline. Los rectángulos de tela eran del tamaño de una manga. Iba a hacerle un vestido a una chica que no conocía, a una mujer a la que sólo había visto dos veces.

Una mujer con marcas como las de la madre de mi madre. Habían hablado en voz baja y las voces se habían trenzado como hierba.

Cada mañana el betún era una nube de lluvia sobre la funda del almohadón de Céphaline. Madame me había dado tela blanca para hacer siete fundas, una para cada día.

Empapábamos las manchas negras en la solución blanca. Luego mi madre decía:

—Ahora vete a la casa. Madame te llama.

Me retiraban. Apliqué la pasta blanca con el dorso de una cuchara.

—Tengo la cara tan fría —dijo Céphaline—. Y el hierro está tan caliente.

Zerline me lo había enseñado todo. Preparaba la pasta con clara de huevo, agua de rosas y alumbre, preparaba el betún con grafito, alcanfor y una gota de aceite de almendra. Zerline me había dicho que si se nos acababa el grafito utilizáramos negro de humo, pero que el grafito era lo que utilizaban en París.

Comprendí cómo se sentía mamère cuando se sentaba en su silla. Yo no quería echarme. Me dolían los brazos de tanto lavar, de tanto peinar y de tanto mantener los hierros sobre la lumbre, y me ardían los hombros de tanto procurar no hacerle daño a Céphaline.

Entonces Hera se colocó detrás de la silla de mi madre y le quitó el tignon. Mi madre llevaba el pelo recién lavado. Hera cogió el peine y comenzó a separar las largas hebras de pelo que brotaban de la frente de mi madre.

Siempre se lavaba el pelo por la noche y se lo peinaba ella misma cuando yo me había dormido. Se lo recogía en un tosco moño bajo el tignon.

Pero Hera le fue dibujando unas trenzas que se alejaban de la cara de mi madre como si un fuerte viento le separara el pelo en hileras.

—Porque no sabes hacerlo —dijo—. Peina el pelo de Céphaline, no el mío.

—¿Por qué te enfadas? ¿Dónde vamos tan tarde? —había sonado la campana de la noche.

—¿Enfadada? —mi madre caminaba a paso vivo; llevaba una pequeña bolsa con un cuchillo y un trapo; hablaba en tono áspero—. No estoy nada... ¿Qu'est-ce... la palabra? —miró la calle en dirección a le quartier, donde los postigos estaban cerrados y las casas a oscuras—. Inútil. Como las uñas. Pas animal, no mato con garras.

Había estado llorando desde que yo volví, ya tarde, de la habitación de Céphaline. Los bordes de sus iris estaban empañados de rojo.

Nos apresurábamos por un sendero hacia la tierra que rodeaba los campos. Franz, el capataz, nos vería en su ronda.

—¿Nos estamos escapando? —susurré, y como mi madre no paraba de andar, le tiré del brazo como hacía de niña.

Nos hallábamos justo en la linde de los cañamelares. El contorno ennegrecido de la pequeña casa donde antes vivía grandmère Bordelon estaba bajo nuestros pies. Entonces Franz se nos acercó montado en su caballo, y una pequeña figura apareció de la verja baja que rodeaba las tumbas familiares.

Marie-Claire. La vieja esclava de grandmère Bordelon: las mejillas marcadas por los círculos rosados de los mordiscos de rata, lo único que por un momento vi en la oscuridad. Como puñados de flores acercándose. Al igual que el resto de ella, tenía la boca rodeada de arrugas que bailaban cuando sonreía.

—Marie-Thérèse —nos susurró—. Y su niña.

Nos enseñó una calabaza.

—Cada noche hago pipí y lo traigo aquí. Le echo un poco sobre la lápida. Me meo en su nombre. El resto lo echo donde la enterrarán cuando le llegue la hora. A la vieja gorda. Le ablando el suelo. Cuando se vaya là-bas —Marie-Claire chasqueó los dedos como si rocia-

ra agua sobre una tela para plancharla—, moi seguiré aquí. Entonces me mearé en su cabeza cada noche.

Franz volvió a acercarse. Dijo:

—Estoy estirando mis viejos huesos, msieu. Merci.

Se encaminó a le quartier. Franz nos dijo:

—Vosotras no sois viejas. ¿Adónde vais?

Mi madre, como siempre, no se puso nerviosa.

—Recogemos hierba para quitar una mancha del almohadón de mademoiselle. Su medicina.

—En treinta minutos vuelvo —dijo—. Quedaos aquí y esperad a que os vea. O echaré a los perros.

Nos metimos en las hileras de caña. Sobre nosotras se oía el susurro de los tallos convertidos por la luna en cintas de plata. Cintas para los vestidos. Mamère balanceó el saco de tela y dijo:

—Treinta minutos. Y acabo.

Delante de mí, a la luz, su tignon negro y estrecho era como humo negro. Los tallos de caña me arañaban la cara y me cubrí las mejillas con las mangas. Mi vestido nuevo: un vestido viejo del montón de trapos de Céphaline. Un estampado de percal en amarillo y rosa.

Salimos al camino de la franja de tierra que separaba Azure de Petit Clair y mi madre se encaminó hacia el ciprière, la negra tierra pantanosa que no se cultivaba. En algún lugar, ciprière adentro, había un bayou donde los piratas y los comerciantes del río se encontraban. Christophe decía que los vigilaba en secreto. Mi plato con el pavo real procedía de esas aguas.

El fuerte olor de la inminente escarcha me llegaba a la nariz y a la garganta. Los macheteros de la zafra tendrían que empezar al día siguiente o al otro, antes de que el hielo echara a perder el azúcar.

Cuando llegamos al ciprière, mi madre jadeaba mientras el vapor pasaba junto a su cara. Se volvió y vi que tenía una lágrima en cada mejilla.

—Hera ha conseguido este vestido y se lo ha dado a su hija. Mame y grandmère compran vestidos para Céphaline, la ponen guapa. Y yo.. —pasó la mano por mi falda—. De mí nada. De mí sólo palabras. Palabras que no quieres. El médico te dice palabras. Puede llevarte con él cuando se vaya y nunca te veré. ¡Jamais! ¡Se acabó! ¡No tengo nada!

Intenté abrazarla, pero ella me dio la espalda y su espalda me cubrió como una capa. La apreté con fuerza y ella se estremeció bajo mis brazos. Sabía que estaba reprimiendo todo lo que tenía dentro. A continuación se secó las lágrimas y dijo:

—Treinta minutos hasta que Franz nos busque. Las viejas plantas de los árboles.

El agua negra era como café en torno a los tocones de ciprés de la ciénaga, pero nosotras cogimos un sendero lleno de hierbajos que se adentraba en el bosque. Nunca había estado allí. La media luna iluminó el cuello de mi madre cuando agachó la cabeza y se abrió paso entre la maleza. Antaño, por ese camino había pasado un carro.

—Esto no es el fin —dije a su espalda—. Siempre escucho.

—Tanto da.

—Dímelo de una vez. ¿O por qué me has traído aquí?

Trastabillamos entre lianas que parecían los hilos raídos y grises de la camisa de un gigante. Mi madre se cayó y el cuchillo se metió entre las hojas. Puso la cara entre las rodillas y volvió a llorar, y lo único que pude hacer fue arrodillarme a su lado.

—Nunca te dejo sola —dijo—. Siempre me siento en la silla, espero a que vengan a buscarme. O a ti. Pero ahora veo que nadie viene a por ti. Tú te vas con ellos —apreté el saco—. Hago este vestido para la niña de Hera y ella encontrará a alguien. Quizá a Christophe. Ella se queda con Hera y tiene un bebé. Pero Céphaline encuentra a alguien y se va. Te lleva con ella y nunca vuelvo a verte.

Entrelazó los dedos detrás del cuello y tiró tan fuerte que por un

momento los nudillos se hincharon. Cuando se puso en pie, se limpió la cara con la manga. Sal en la tela, pensé al tocar la humedad.

—Nonc Pierre y sus hombres abrieron este camino —dijo en voz baja—. Cortaron los cipreses para la casa de msieu. Los senegaleses conocen la madera.

—¿Cuándo?

Encontré el cuchillo entre las hojas, y un trastabillar de diminutos pies se alejó de nosotras.

—Hace tiempo. Cuando vienen Bordelon y Lemoyne. De Francia. Todos son de otra parte. Menos los indios que viven en el cîprière.

Nos abrimos paso hasta un claro en medio de los árboles. Paredes de ladrillos cubiertas de enredadera: dos grandes tinas cuadradas. Cuatro tuberías de hierro penetraban en la tina más alta; debían de llevar el líquido a la tina más baja.

—Lejos de la casa por el olor —dijo mi madre, apenas en un hilo de voz—. Cuando fabrican el añil.

Siempre decía esa palabra como si fuera veneno. Respiré con cautela, pero sólo olía a agua fría y estancada y al almizcle de una zorrera.

—Donde la caña crece ahora, todo añil. Cogen las ramas y las amontonan en la primera tina y las empapaban con agua clara. Luego las hojas se pudren y tienen ese olor. Pasan el agua a la segunda tina y las mujeres tienen que levantarse el vestido y meterse en el agua y darle con un palo. Para sacar el azul han de golpear el agua. El azul se queda en el fondo. Pero el olor se mete en la piel. En el cuerpo.

Una liana colgaba de uno de los tubos, como un collar. La segunda tina estaba llena de hojas secas y barro salobre. Nada azul.

—La caña puede cortarte —susurró mi madre con una voz tan leve como espuma de jabón al viento—, pero el añil se te mete dentro. Tout mort.

—¿Todo muerto? —el ladrillo se desmenuzaba entre mis dedos.
Asintió.

—Nonc Pierre y los hombres construyen la casa y el granero, pero las mujeres hacen cosecha. Cuatro, cinco años. Luego las entierran.

La última fila del cementerio de los esclavos era una hilera de cruces de madera cuyos brazos casi se tocaban. No había nombres. Pero una vez al año mi madre dejaba fragmentos de un frasco azul roto. Y pronunciaba el nombre de Amina.

Se inclinó hacia el suelo.

—Crece silvestre donde cae una semilla —murmuró.

Unas plantas de la altura de sus rodillas crecían en grupos y las hojitas tenían forma de uña. Se cubrió la palma de la mano con el trapo y arrancó toda la planta del suelo. Sólo me llegó el olor de la tierra húmeda y la hierba amarga cuando la metió en el saco.

—Franz espera allí —dijo—. Date prisa.

—¿Nos pondrá enfermas?

Mi madre bufó por la nariz disgustada.

—¿Alguna vez he dejado que te pasara algo malo? ¿Crees que dejaría que un maringouin se te posara en el brazo?

Ni siquiera un mosquito que entrara en nuestra habitación escaparía a sus ojos y oídos. Se sentaba junto a mí en la cama y esperaba su zumbido.

El aire helado se me clavaba en los lóbulos de las orejas, la única parte que no me cubría el tignon.

—Esto no es el fin —dije—. Te escucho. Te oí decir ni cuando hablabas con Hera. Y dya. Faro.

Pensé que eso la detendría, pero negó con la cabeza.

—Da igual lo que escuches. No eres bambara. Eres rótula. Crees que el pelo está muerto.

—¿Cómo no va a estarlo? —le grité al viento, pero entonces oliamos el humo.